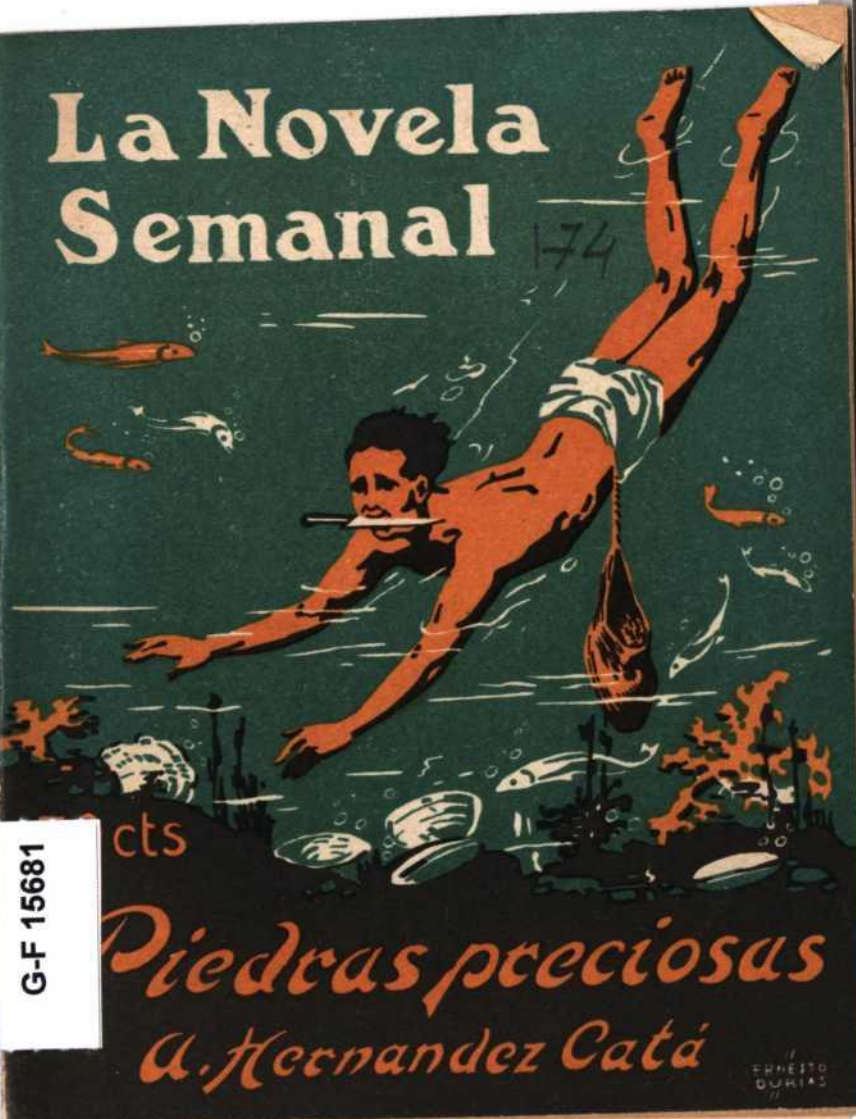


G-F 15681

La Novela Semanal

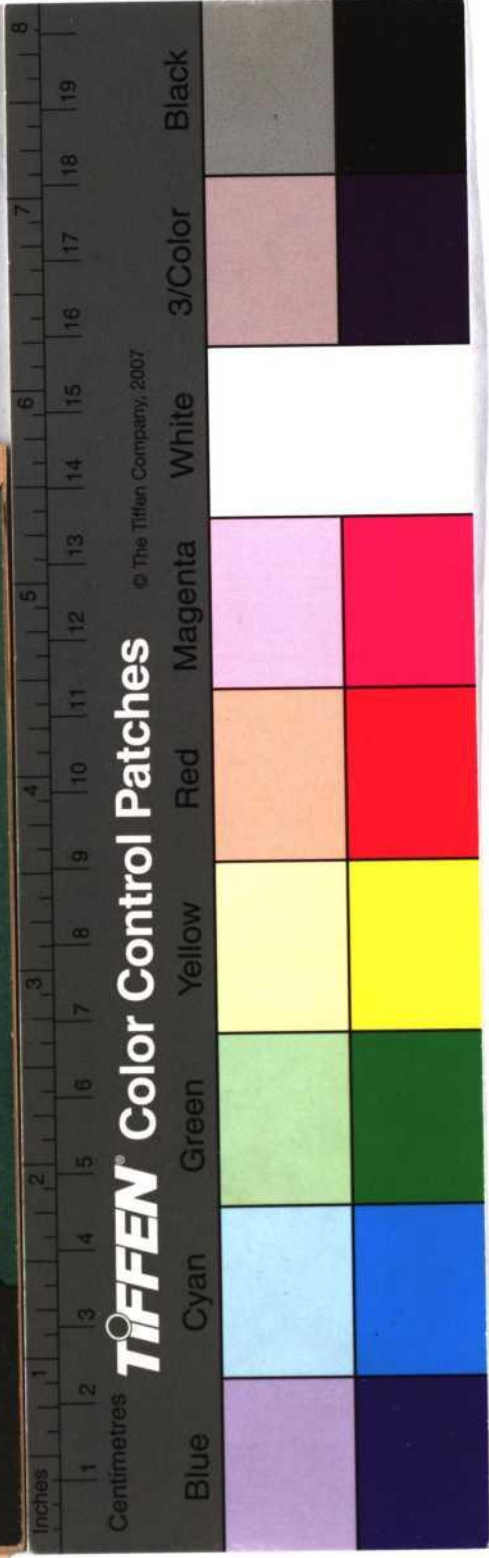
174



cts

Piedras preciosas
A. Hernandez Catá

ERHEITO DURIAS



MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID

DGCL
A

LA NOVELA SEMANAL

AÑO IV

8 NOVIEMBRE DE 1924

NÚM. 174

A. HERNÁNDEZ CATÁ

Piedras preciosas

NOVELA



PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID

+ 171405

LA NOVELA BERNARDA

DE LA SEÑORA DE LA CASA

DE LA SEÑORA DE LA CASA

DE LA SEÑORA DE LA CASA

DE LA SEÑORA DE LA CASA



DE LA SEÑORA DE LA CASA

A. HERNANDEZ CATA

OPINIONES DE SU OBRA

Escritor de raza, observador, soñador y dueño ya de todos los medios de expresión, el Sr. Hernández Catá puede y debe dar cualquier día á las letras hispanas una obra maestra.—PÉREZ GALDÓS.

Caracterizan á este escritor la fuerza y la sobriedad del estilo y la visión penetrante.—EMILIA PARDO BAZÁN.

La literatura cubana puede ufanarse. El Sr. Hernández Catá es el más completo cultivador de las letras en la juventud cubana de hoy.—ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Hay en el estilo del Sr. Hernández Catá fuerza evocativa, efusión, dolor, haciéndonos sentir aquella aspereza de lima y viscosidad de serpiente de que habla Flaubert, y de lo que llamó Teófilo Gautier, en su prólogo á Baudelaire, petrarquizar lo horrible.—GABRIEL ALOMAR.

El autor de Los siete pecados es un escritor reflexivo. Y puesto que, según escribió Dante Gabriel Rossetti, la aprehensión de lo substancial en el minuto pasajero puede ser el monumento de un momento, sin duda teniendo presente esta frase escribe el señor Hernández Catá la mayor parte de sus cuentos.—ENRIQUE DÍEZ CANEDO.

Hernández Catá puede tener la justa satisfacción de haber creado un tipo en la literatura moderna. Me atrevo á predecir una larga vida á su Pelayo González, que es la obra de un hombre culto, de un artista independiente y de un estilista definitivo.—ALBERTO INSÚA.

Hernández Catá no es de esos escritores que hacen libros al por mayor, á estilo de producción industrial, como pueden hacerse zapatos ó buñuelos. Uno de sus primeros libros, Pelayo González, tiene fuerte interés novelesco y filosófico; hay en él personalidad de literato y de pensador.—GÓMEZ DE BAQUERO.

Hernández Catá sabe llevar al dominio de la energía los afectos más delicados y nobles, de tal modo, que su obra total da la impresión de una escultura rigurosa como el Moisés, de Miguel Angel, ó el Pensador, de Rodín.—LUIS ARAUJO-COSTA.

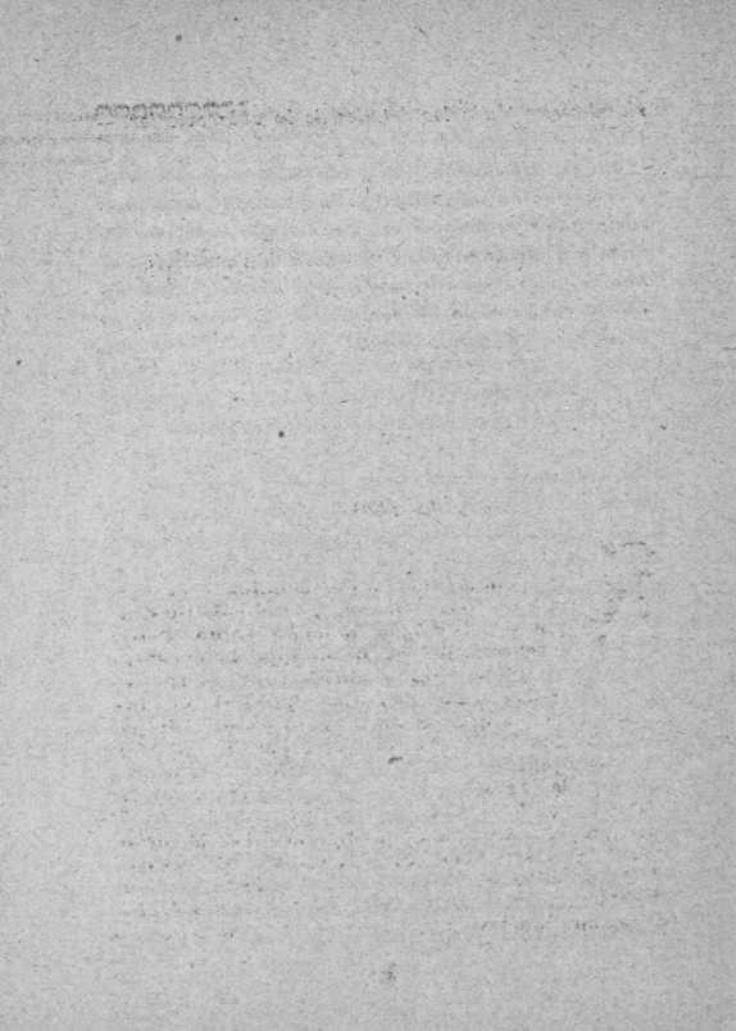
Hernández Catá es un cuentista y novelista precclarísimo.—PEDRO DE RÉPIDE.

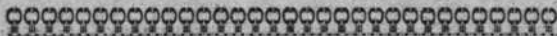
La juventud de Aurelio Zaldivar es un pedazo de vida cogida en un momento y abandonada en otro caprichosamente. El estilo es sobrio, lírico; la visión del novelista es más hacia los paisajes espi-

rituales que hacia los detalles de la vida exterior.—
EMILIO CARRERE.

*El Sr. Hernández Catá, que mediante la novela y el cuento ha alcanzado ya la plenitud intelectual, como autor dramático se nos muestra revelador de talento y preocupaciones morales nada comunes, que han de proporcionarle, andando el tiempo, éxitos tan considerables como los conseguidos en otros géneros literarios.—*MANUEL BUENO.







Piedras preciosas

A Emilio Roig de Leuscherring

I

LA PERLA

Si, yo había visto aquel hombre otra vez. Su cara fofa y linfática, su afilada diestra, que se recortó un momento sobre el rojo antepecho del palco, empujaban violentamente, sin lograr abrirla, una puerta cerrada en mi memoria. Detrás de él, una mujer rubia, magnífica y vulgar al mismo tiempo, con ese tipo fabricado en serie por las grandes ciudades para queridas de lujo, se llevaba de rato en rato la mano al escote, temerosa de que algún ladrón invisible arrebatara de él la estrella suavísima, rosada como una transfiguración de la carne, hacia la cual convergían cien miradas de curiosidad y de envidia. Tronaba en la orquesta la cólera de Wotam, y, á favor suyo, el hombre volvióse á hablar con la mujer; entonces, la puerta reacia

en la memoria, se abrió de súbito; lo que no habían podido las facciones, ni siquiera el oriente inconfundible de aquella perla, lo pudo la voz. ¡Ya sabía quién era! ¡Cómo pudo olvidarle? A borbotones destapóse el cegado recuerdo, y su modo de hablar, su charla tan pronto minuciosa como vaga, casi fantástica, y su tarjeta de visita, que conservé sin saber por qué varios años hasta verla amarillear en la cartera, reaviváronse con firmes perfiles... Entre el alma y los oídos establecióse una muralla que no logró pasar la música; desvaneciéndose la multitud levemente inclinada hacia el escenario; fundiéronse en brumas los pétreos dominios de Brunilda y, dentro de mí, reapareció el ancho río Magdalena con sus márgenes selváticas llenas de cocodrilos, el puerto de Honda, el barco chato, las caras lánguidas de los criollos y las apopléticas de los ingleses, y aquel rincón de la cubierta donde nos reuníamos todas las tardes á conversar..., á escucharle.

Yo regresaba de Francia, tras dos años de servir con indolente corrección mi puesto de segundo Secretario en Bogotá, y ya empezaba á conocer los tres grandes secretos de la diplomacia: la ignorancia, la sonrisa y el silencio. Desde las primeras tardes, aquel hombre apoderóse de nuestro interés, y dió, aún á los que más habíamos viajado, una, vejaminosa impresión de sedentarismo. Al principio lo tomamos por uno de esos engañadores pueriles que no saben administrar su fantasía; pero bien pronto nos dimos cuenta de que era verídico. Armenio, turco ó hindú—en esto solía contradecirse—, le era familiar el mundo entero. Desde el Océano Indico y el Mar Rojo á los lagos fríos de América del Norte, y desde la bahía de Ago á las más remotas islas de Australia, sus correrías no terminaban nunca. Ahora venía del golfo del Darien,

después de haber cruzado toda Colombia, para detenerse en las minas de esmeralda de Coscuez y Muzo, y volvía al Atlántico, á recalar en las pesquerías de perlas del Caribe y regresar á Paris, donde tomaría pie para emprender nuevo viaje á Colombó. Su vida habíase desenvuelto entre miserias y esplendores de piedras preciosas. Al servicio de uno de los diez ó doce árabes que acapaban en el Golfo Pérsico la pesca mágica, supo de la férrea disciplina á bordo de los veleros, en que los pescadores desnudos, sin otro equipo que una pinza de hueso para comprimir las narices, unos dediles para protegerse contra las aristas de las rocas, un cuchillo entre los dientes y un cestillo lastrado con una piedra, bucean hasta veinte pies de profundidad con probabilidad de ser atacados por los peces diablos, y con certeza de perder en pocos años la vista y el oído, de destruirse los pulmones y de morir prematuramente, cubiertos de llagas incurables. Había comido con ellos, al caer las tardes, arroz y dátiles, y bebido por todo alimento, los rudos días de pesca, pocas tacitas de café. Pocos como él sabían cuidar las perlas y conocían sus secretos, desde el raspado á cuchillo hasta el poder predecir si tras su primera capa, intacta ó resquebrajada, surgiría otra de más puras luces. Por entre sus dedos pasaron todas las perlas del pasaje y las evaluó, calculando á ojo el número de granos de cada una, multiplicándolo en seguida por sí mismo, y luego por diez, por cien, hasta por trescientos, según la forma, el brillo y el tamaño. Oírle hablar de los medios de mejorar con tintes y colodión las perlas, de las «Blisters», cultivadas en Hou-Tcheou Fou y en Mye-Kou, de la implantación en Ceylán, por un tal místico Salomón, de un sistema de radiografía, citar anécdotas del libro de Anselmo Boece de Boot, antiquísimo joyero-

autor, de quien nunca se separaba, ó narrar las leyendas de las perlas célebres, desde la de la Reina Pomaré hasta la más famosa del baile de la Perla dado en Wáshington; pasando por las perlas de Cleopatra, la *Pirigrina*, la de Felipe IV, la de Catalina de Médicis, las de León X, el Sah Sefi, la ofrecida por la república veneciana á Solimán *el Magnífico*, la inmensa de la colección Hope y cien más, era como asomarse á ventanas inesperadas de la vida... «El sería rico, fabulosamente rico.» Esta era el ritornelo de su vasta melopea llena de visiones, ya en uno, ya en otro hemisferio, en las latitudes más diversas... Aquella melopea envolvente que, aún á los que presumíamos de haber viajado mucho, nos daba la conciencia de casi quietud y de estrechez.

Dos ó tres veces me volví á mirarle desde mi butaca; ya sus ojos no tenían, bajo el aterciopelado brillo juvenil, aquel reflejo agresivo y constante; ya había perdido aquel abstracto aspecto furtivo de delincuencia y de oblicuidad. Estaba más grueso; sin duda, los quince años que mediaban entre los dos encuentros habíanlo macerado hora á hora. Al terminar la representación, cuando aún el fuego sagrado ardía en la escena y temblaba todavía en la orquesta el deliquio sonoro, salí con el propósito de cruzarme en el pasillo con él. Me reconoció al punto, y me estrechó entre sus brazos.

—Creí que me habría olvidado usted—le dije.

—¡Oh! Yo nunca olvido á nadie... Le presento á mi amiga mademoiselle Durand... Un buen amigo de hace mucho tiempo... Usted viene á cenar con nosotros... Conmigo. Dejaremos en casa á mi amiga, que le gusta acostarse temprano, y nos iremos por ahí, á charlar... ¡Si supiera usted que he pensado muchas veces en usted!... En usted y en aquel pastor inglés que tenía cara de niño, ¿se acuerda?

¡Cuánto me alegra que tampoco usted me haya olvidado!...

Acepté. Estaba solo en París, y bajo una de esas murrias frecuentes en los diplomáticos al regresar á su tierra y sentirse más extranjeros en ella que en el ajeno país de donde vienen. Un automóvil suntuario, dándonos con los pulmones perfectos de su motor y con sus ballestas y cojines sensación de inmovilidad, hizo pasar á nuestros costados calles y calles hacia Passy. Dentro de él, para romper un silencio que en vano intentaban caldear las sonrisas, dije señalando el escote de mademoiselle Durand:

—También he reconocido la perla.

—¿También? ¡Claro!... ¡Quién la ve una vez, no puede olvidarla nunca! Aunque no sea un especialista. Basta tener gustos finos como, sin duda, usted los tiene.

—Gracias.

Nos detuvimos. Bajamos para que la dama descendiese cómodamente, y en el momento de despedirse vi con estupor que le echaba los brazos al cuello, desprendía, sin que ella mostrara sorpresa, el broche del collar y lo guardaba en un estuche que hundió en el interior del chaleco. Esto creó entre los dos un vacío de equívocos difíciles, que él quiso llenar apenas desapareció la rubia y el automóvil reanudó la marcha.

—Siempre lo hago... Ya en dos ocasiones me han atacado apaches que debían no venir á ciegas; pero el chófer y el lacayo son de confianza y hombres de pelo en pecho... Este es casi un automóvil militar; mire las armas que llevamos. ¿Dice usted que pasado mañana se va á Río Janeiro? Pues me alegro; sí, dispense... Me alegro porque de ese modo tendré menos escrúpulo de contarle lo que voy á referirle esta noche.

En el restorán noté el respeto con que era tratado. Para acomodarme á su ritmo hube de comer de prisa, en silencio. Sin duda, él quería evitar todo obstáculo donde su confidencia pudiese tropezar, y ordenaba, mientras comía, sus recuerdos, porque varias veces se ensombreció su frente. Cuando quedaron únicamente el café y los licores, puso de pronto los codos en la mesa, incrustó la cara entre las manos y empezó á hablarme con los ojos ausentes, cual si yo fuese nada más el pretexto para hablar consigo mismo en voz alta:

—Cuando usted me conoció, ya hacia dos años que poseía yo la perla; pero entonces la juventud, las ilusiones, el estar demasiado cerca del suceso y demasiado lejos de la muerte, tenían atrofiado en mí el miedo, el remordimiento y la conciencia.

Se desabrochó el chaleco, sacó de un bolsillo especial el estuche, y haciendo rutilar bajo el lustro la perla, que fulgió con un brillo ajeno por completo á la lámpara é hijo de una maravillosa luz estelar viva en su interior, prosiguió:

—Yo vivía miserablemente en el golfo, entre los pescadores. Le llevaba la contabilidad al capitán del velero, y no soñaba con ser rico. La primera ambición me la dió un negociante holandés, quien me indujo á ir por la noche al secadero, á registrar las ostras para ver si hallaba alguna perla. Durante cuatro noches no hallé nada. Un olor terrible de mar podrido, de cadáver que hubiese repugnado á los mismos cuervos, el olor más malo de mi vida—y se lo digo yo, que he oído putrefacciones en todos los continentes—me asfixiaba. A gatas, pegándome á las sombras, burlaba la vigilancia de los centinelas. Cada vez que el rutilar de un astro arrancaba al nácar un reflejo, quedaba inmóvil durante horas, sintiendo casi en la piel la bala que había de venir á castigarme. Y, sin embargo, apenas reco-

gí nada: granos miserables que me valieron unas cuantas rupias... Pero ya había visto el oro, y ver el oro es perderse para siempre. Luego he tenido en mi mano esmeraldas, topacios, berilos, verdaderos tesoros en una sola gema... Y no es igual: una piedra se admira, mientras que el amarillo del oro nos mancha el alma. ¡Creo que si volviera á ver aquella primera moneda, con su dragón ridículamente vencido por San Jorge y su burguesa disfrazada de reina, la reconocería, la escupiría!... Perdómene la divagación. ¿No quiere más *Kumel*? A su gusto...

En una de aquellas excursiones, al ir á agazaparme para esquivar una zona de penumbra, tropecé con un bulto vivo. Contraje la diestra sobre la empuñadura del puñal y pregunté con la voz ahogada é intensa:

—¿Quién es?

—¿Quién eres tú?—me respondieron.

Reconocí á uno de los tripulantes de mi barco. Era un hombre seco, taciturno, de ojos siempre en éxtasis y de largas inmovilidades de fakir.

—¿Vienes á robar!—me dijo en tono de reproche.

—Y tú, ¿qué haces?—le repuse sarcástico.

—Robando también, es verdad; pero no para enriquecerme. Casi me sobran el arroz y los dátiles que nos dan. Si quisiera, desde hace mucho tendría más oro que todos esos pobres jefes que nos registran cada noche con manos avaras, temerosos de que le s hayamos robado siquiera dos puntitos de esos que ni para la farmacia sirven.

—¿Y para qué robas entonces?

—Por promesa. ¡Robaré hasta que encuentre otra perla igual á la que tengo! ¿Dudas de mí? Te la enseñaré. Y te contaré también por qué robo; verás cómo las peores acciones del mundo pueden justificarse; y si aún es tiempo, renunciarás á la co-

dicia de los bienes de esta vida y pensarás en que hay después una vida sin fin. Vamos.

Rozando cautelosamente la tierra reptamos largo rato. El iba delante. Las dos únicas estrellas asomadas al cielo estaban tan próximas, que parecían dos ojos, y el fakir y yo debimos parecer á su mirada una serpiente tan ávida de llegar á su cubil que dejara su sombra detrás. Cuando traspusimos el área vigilada y pudimos andar verticales, comenzó á hablarme. Estaba tan lleno de su visión que creía poder transmitírmela con medias palabras. Sobreen-tendí que su padre había robado á una mujer aquella perla hacia ya muchos años; que se lo había confesado al hijo próximo al tránsito de la muerte; y que éste, apoyándose en una leyenda donde una omnimoda divinidad, de no sé cuál templo de la India, perdonó á un fratricida porque su hijo le llevó dos crisopacios de irisaiciones prodigiosas, concibió la idea de buscar otra perla igual á la robada é ir á comprar con ambas el perdón eterno del padre. Su fervor religioso, sus ayunos, la llama de una sola idea domando todas las tentaciones de la carne y uniendo en haz las diversificaciones del alma, dieron á su vida una pauta á la vez quimérica y recta. «¡La encontraré!... No sé cuándo, pero la encontraré», me decía vueltas á mí sus pupilas de agua encendida. «¡He soñado infinitas noches que la encontraba! ¡La he visto, la he tocado; eran tan iguales que hube de ponerme una en cada mano para convencerme de que no eran la misma... ¡Verdad que si un asesino entró en el Nirvana por dos crisopacios, mi padre entrará por las dos perlas más bellas del mundo?» Yo asentía y empezaba á jadear. Sus piernas, casi desprovistas de carne, salvaban las millas á largos pasos elásticos, sin fatiga. Al fin se detuvo; entramos en unas malezas; midió á partir de la primera rama de un árbol varios pies;

orientóse allí hacia la salida del sol y anduvo unas cuantas yardas más; luego se puso de rodillas, y sus manos, que tantas veces vi hender el agua al lanzarse desde la borda del velero, empezaron á cavar, cual si la voluntad las transformase en metálicos utensilios. Bien pronto cupo en el agujero medio brazo, y la diestra salió de él con un envoltorio, que aprisionó en las rodillas mientras restituía á su lugar la removida tierra. Mi alma entera estaba en mi mirar, fijo en el desenterrado bulto; pero él, ya sin prisa, trabajaba con cautela y hablaba en tanto sin cuidarse de mi ansia:

—Tengo más de diez escondites iguales. Si alguien los toca, siquiera con la punta del pie, lo reconocería... Este no lo emplearé ya nunca más. Durante algunas épocas la he podido tener conmigo; otras no... Los malvados atienden á perderse más que á salvarse. Una vez creí tener que tragármela; dos ingleses se acercaron á mí, y leí en sus ojos, quizá antes de que cuajara en ellos mismos, un mal deseo, una sospecha. Vino gente y no fué preciso hacer nada. De habérmela tragado, creo que mi cuerpo se hubiese hecho por dentro luminoso; y cuanto es en los demás triste y repugnante servidumbre, hubiera dejado de serlo para mí. En esta perla están las ansias mías de salvar á mi padre, porque nada de lo que pone el hombre de su alma en los otros hombres y en las cosas se pierde. Cada hora que pasa, que sufro, que espero, que temo á la llegada de la muerte, que rezo para que me deje tiempo de encontrar la otra perla hermana y de ir á ofrecérsela á quien pueda perdonar ó condenar para siempre, le añado un nuevo fulgor y purifica más aún su oriente de alba. Mi sacrificio se contempla en ella igual que en un espejo... Mírala.

Y la vi por primera vez. Y me pareció que aquel

ser extraño obraba un milagro ante mis ojos. Durante un inmenso segundo pensé que la luna acababa de nacer de la tierra é iba á agrandarse, á agrandarse y á subir al cielo. ¡Ah, usted ha visto las más bellas perlas sin casi mirarlas, al pasar frente á las vitrinas de *Cartier* ó de *Tiffani*; su vida es la vida de la ciudad, la de no sorprenderse ante nada, la de dar distraídos codazos á prodigios quién sabe si mayores aún que el de una perla... Pero yo era un salvaje, un pobre mozo amantado por la orfandad en países casi deshabitados. Mi vida entera había sido la mísera vida de los pescadores. No había bajado al fondo del agua, es cierto; pero ninguna otra de sus fatigas me era ajena.

Mi vida había sido ver pasar perlas del mar hacia las ciudades desconocidas, mientras la miseria quedaba con nosotros. Pescar una perla así era el ensueño de todos los pescadores. No para venderla, no, sino para tenerla un momento entre las manos, para unir su vida al recuerdo de haberla robado á las rocas, de haberla dado al mundo, y decir después, cuando sordo, ciego y cubierto de pústulas llegasen á los labios las palabras que quieren resumir todo el camino: «Fuí yo quien pescó aquella perla...» ¿Comprende? En la noche, entre los negros dedos del fakir, la perla fulgía divinamente. Aquel primer minuto de contemplación, sin duda el más puro de mi vida, ni un instante pensé en que la perla valía millares de monedas de oro como la que el maldito holandés puso en mi mano... Mi existir íntegro había sido realidad de privaciones y sueño de perlas; y al ver aquella perla sublime, esta...—¡esta!—no me vino de pronto la idea impura de que podría librar de la miseria para siempre... El mal pensamiento vino después; después que oímos un ruido y que nos quedamos tan pega-

dos al tronco de un árbol que apenas aumentábamos su espesor.

—Has oído?

—Sí, calla.

Enmudecí. Una de las estrellas desprendióse de junto á la otra, rayó de plata fugaz la negrura, y me hizo olvidar el miedo y volver á pensar en la perla. Ya iba á hablar cuando se anticipó su voz:

—Debe de haber sido algo á lo lejos.

—Una fiera tal vez.

—Mejor que un hombre.

—Sí, es verdad... ¿Y la perla? Déjame verla más... ¡Qué hermosa es!

—Me la he tragado—dijo—. Tuve miedo.

Aún esperamos largo rato. Echamos á andar, y cuando dió el primer paso delante de mí, ya estaba decidida su suerte. Entre el pensamiento y su realización no debió de transcurrir medio minuto. Ignoro si la idea nació en mí ó me vino de fuera... ¡Quién sabe!... Pero se apoderó de mí, se sirvió de mí con fuerza á la que hubiera sido inútil resistirse. Su oído agudísimo, que sintió removerse las malezas á lo lejos, no sintió mi brazo levantarse, ni sus ojos pudieron ver el relámpago del puñal. La herida fué en la espalda, de arriba abajo, tan violenta, que la mano bajó un poco al choque de la empuñadura contra el cuerpo. El fakir desplomóse de bruces, convulso. Ya en la tierra quiso volverse, écharme al cuello los garfios de sus manos, á los que ya no bajaba el poder de la vida. Abrazado á él caí yo también; y entonces le arranqué de la carne el arma, y ciego, con una ira cobarde, le hice otra herida, otras, hasta que quedó inmóvil.

En las narices y en la boca sentí el olor de su sangre. En vano quise luego proceder con serenidad: la tibieza viscosa de las entrañas descubiertas me lo impedía. Dejé un momento el puñal, y con las

dos manos, en un estuerzo bruto, ensanché una de las aberturas del vientre en busca del estómago. La sangre, el terror y el deseo reñían en mí una batalla horrible; uno me excitaba, el otro paralizaba mi inteligencia, el otro daba á mis dedos una rapidez y una certeza abominables... No sé cuánto duraría aquel forcejear con la carne palpitante aún. Debió quedar despedazado como si cien buitres hubiesen picado dentro de él. ¡Usted no puede figurarse lo duro que es el pecho de un hombre!... El cuerpo no se había tornado luminoso por dentro, no; estaba negro como un relieve de la noche; y la perla también se había tornado obscura, por lo menos para mis ojos. Pero mis manos la descubrieron, la aprisionaron... Y entonces huí, huí... Tengo la convicción de que no he parado todavía. Este ir y venir de mi existencia no es en el fondo más que una especie de huída de mí mismo.

—¿Y después, inmediatamente después?

Alzó trabajosamente del mantel la mirada caída, me contempló con estupor varios segundos, en silencio, y prosiguió:

—Todos tenemos necesidad de hablar de más alguna vez..., una necesidad absurda é imperiosa. ¿Por qué el fakir me dijo aquella noche su secreto? Por lo que yo se los estoy diciendo á usted esta noche. ¿Cree que yo no lo había visto ya desde el palco? Sí; al volverme una de las veces le ví, le presentí, y quité la mano del antepecho, cual si nada más con posarse sobre un terciopelo color de sangre fuera á revelarle lo que mi boca acaba de referirle ahora sin ocultarle nada. Si usted no sale á mi encuentro en el pasillo, mañana por la mañana, lo más tarde, en cuanto hubiesen abierto el Ministerio, habría yo dado con usted... Es lo que le he dicho antes: algo imperioso, absurdo.

A todo el mundo, hasta á los más frios y solapados, se les sube un día el alma á la boca... Después, inmediatamente después, una sagacidad inteligente y helada rigió todos mis actos. Allí la vida del hombre es barata, y un pescador muerto no hace ni la milésima parte del ruido que hacen aquí las tres líneas del *Matin* dedicadas á contar cualquier accidente. Enterré mi tesoro, dejé sin enterrar mi víctima, volví muchas veces al secadero hasta conseguir algunas perlas, de las cuales sólo tres vendí al holandés, y, por fin, en un barco sueco, me fui á Ceylán. Allí estuve cerca de un año. Gané algún dinero, adquirí fama de conocedor de perlas, intervine en cien de esos tratos mudos en que con las manos cubiertas con un pañuelo, los orientales estipulan, valiéndose de convencionales presiones, el precio de compras y ventas. Las primeras mil libras, ya se sabe, fueron difíciles. Después, no; como si un hálito de fortuna escapado de la perla sobornara la suerte, las empresas más irreflexivas fructificaban á mi favor. Fuera yo ó no quien sembrara, recogía las cosechas... La perla era cual un imán que atrajese el oro... No hay gran fortuna sin lágrimas, sin injusticias, claro es; y lo único que puedo decirle es que en la riqueza que hoy tengo hay también lágrimas de mis ojos... De todos modos, si se contase la historia de cada capital, de cada piedra, de cada moneda, acaso lo que yo acabo de contarle se apagara junto al brillo rojo de otros delitos... Yo cometí muchos; primero sin cuidarme de los códigos, cara á cara á las prisiones y á la muerte; después, con maña de hombre culto que conoce bien los piélagos y atajos de las leyes... Quien se lanza á los grandes negocios sólo tiene dos posiciones que elegir: ser martillo ó ser yunque, mejor dicho aún: ser comida ó ser boca. ¡Iba yo, después de lo que hice, á dejarme ablan-

gar por el llanto y a ser devorado por los turos?
¡Ah, no! Fuí martillo y mandíbula duros... El primer negocio serio fué comprar á unos ladrones, haciéndoles creer que estaban á punto de ser descubiertos, el botín de una sepultura china violada... Eso fué poco antes de conocerlo á usted. Cambié de nombre, aseguré la perla, viajé por cuenta de una sociedad inspeccionando las pesquerías australianas y americanas, compré de paso en Cosconez esmeraldas que me valieron mucho. Como cada vez la gente pregunta menos de dónde se viene, sino en dónde se está, á dónde se va, y yo estaba ya casi en la opulencia é iba muy lejos, organicé pronto un negocio para el que ser el poseedor de una perla famosa me sirvió en muchas ocasiones de garantía. En pocos años mi fortuna sobrepasó el precio que la leyenda atribuía á la perla, y cuantas veces estuve en camino de venderla, en el momento final me arrepentí... Le cuento én pocas palabras muchos años. Me establecí aquí, me nacionalicé, me hice gran hombre, tuve caballos que cuidé como á personas y eriaños que traté como á bestias... La perla ya no era mi punto de apoyo, sino un fétiche, un talismán, mi anuncio en este tiempo de la publicidad furiosa... La vida me ha hecho perder todos los escrúpulos; conozco á los hombres; hoy soy francés y uno de los dos ó tres negociantes de piedras preciosas envidiados en todo el mundo. En verdad no tengo ninguna fe religiosa; pero la superstición de la perla me ha poseído siempre, y á medida que pasa el tiempo, el remordimiento de que maté á un hombre puro, á un santo quizá, me causa pavorosos insomnios. Sin creer en los dioses, creo en las brujerías; es un sedimento, una suciedad de mi alma que la civilización no ha podido lavarme. ¿Se reiría usted si le dijese que durante algún tiempo he llevado junto al pecho una esmé-

raldá con una harpía grabada en ella, una harpía teniendo enredada una anguila y humedecida con nauseabunda grasa de este pez para ahuyentar las visiones delirantes? Desde hace mucho, ya en el vapor, cuando nos conocimos, el fakir venía á sentarse algunas noches junto á mi cama, cuando menos lo esperaba, es decir, no, porque lo esperaba siempre. Hace poco tuve una enfermedad, y, sin fiebre, una mañana de sol, vi abrirse de pronto la puerta y entrar á la Muerte de la mano del fakir, que llevaba abierto y despedazado el pecho. Puedo asegurarle que no fué alucinación; lo vi como á usted ahora. Hasta entonces sólo se me había aparecido de noche... Al entrar también en mis días, comprendí que era preciso tomar un partido. Al pronto pensé en ir á dejar la perla en el templo á donde quería llevarla él cuando hallara la otra... No lo he hecho porque sé por experiencia cómo los templos se saquean. Luego pensé en destruirla, y ya lo he decidido. Sí, será lo mejor... Tengo hechas imitaciones perfectas á la vista de otros ojos que no sea mis ojos. Cuantos se ocupan de perlas en el mundo saben que esta perla es mía... En el fondo la perla es mi verdadera personalidad; y sin embargo... Creo que en cuanto me desprenda de ella mi vida cambiará, ¡qué importa! De tiempo en tiempo siento la necesidad de que la vean, y alquilo una mujer como la de esta noche para que la lleve. ¡Pobres mujeres; todas se prestan con orgullo! Desde hoy exhibirán las imitaciones; nadie notará nada... Pero yo sabré la verdad, y ese será mi castigo. De un lado tira de mí el amor á las perlas, que es el verdadero amor de mi vida—más que el lujo y más que el poderío—; de otro, el espectro de mi víctima, que ya está junto á mí á todas horas... ¡Mírelo! ¡En ese rincón! Ya ve que casi no he bebido... Cuando lo vi á usted en el teatro comprendí

que esta noche habría de decidirme, porque precisamente el día que le conocí, cuando embarcamos para atravesar el Magdalena, ¿se acuerda?, fué cuando la primera ráfaga de remordimiento me nubló el mundo. Miedo á la justicia humana sí había tenido antes... Remordimiento, miedo á la otra justicia, hasta aquel día no... Hay, pues, que acabar. No se mueva usted... Déjeme... ¿Es mejor!

Había acercado el encendedor, donde la lanza de una llanita perdía de tiempo en tiempo la aspiración vertical, y requerido las pinzas de plata del azucarero. Viéndolo manipular con calma, la duda sentida antaño de que fuese uno de esos mixtificadores pueriles que no saben administrar su fantasía, me asaltó reticente, y lo dejé proceder á su guisa. Cuando reparé en su cara demudada y en sus ojos llenos de lágrimas, ya entre las dos garras de plata se iba ensanchando un resplandor. Quise entonces evitar lo inevitable, y no me obedeció el brazo. En el silencio, triunfando de la azulosa luz, filtrada por la pantallita, una auroral luminosidad llenaba el cuarto, cual si al desleirse la perla en la noche la transformase en día. Algo sobrenatural galvanizó mi alma, y en el tenue humo que se escapaba del resplandor, creí percibir las plegarias del que tantas veces pensara en rescatar con aquella perla á su padre del castigo eterno... La ráfaga alucinatoria pasó con el arder de la perla. De nuevo la idea de haber sido engañado por un prestidigitador de palabras tornó á mí; y cuando lo vi levantarse me alcé también:

—¿Usted me jura que de lo que ha oído y visto esta noche nadie sabrá nada?—me dijo.

—No hace falta que jure—le respondí, poniendo un dejo irónico en la respuesta.

Pero él, en vez de ceder, atenazó mi brazo y añadió, con voz descompuesta por la ansiedad:

—¡Tiene que jurar, por sus dioses ó por su Dios!...
¡Tiene que jurar!

—Se lo juro—murmuré al fin.

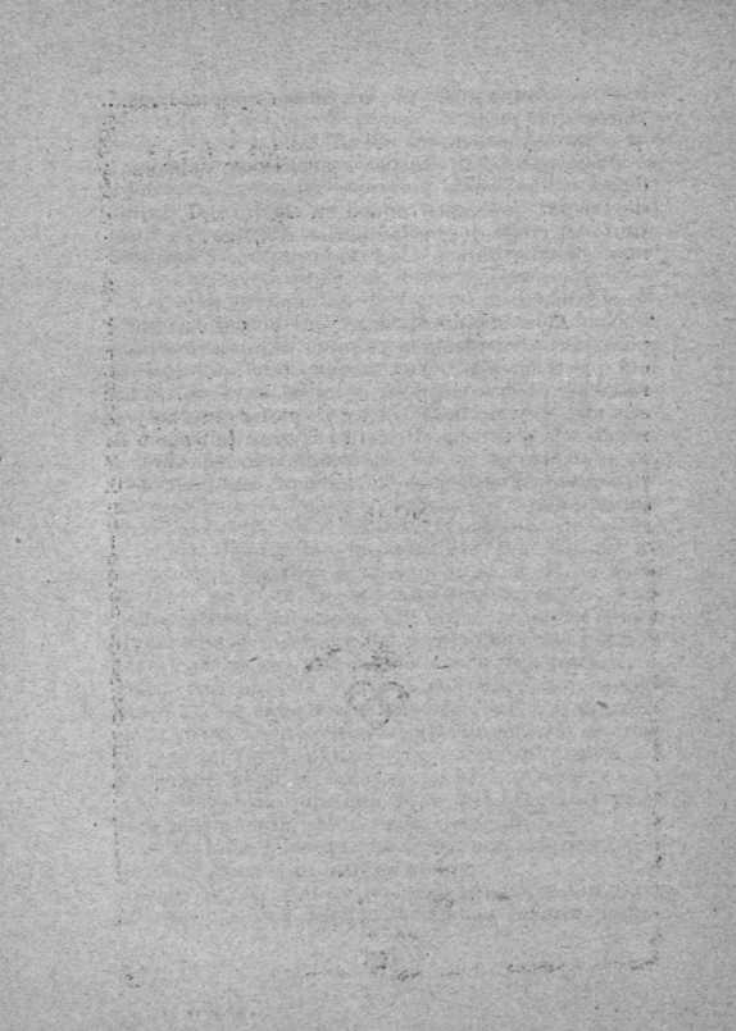
Juré, porque vi crisparse su diestra sobre uno de los cuchillos de postre lo mismo que se debió de crispar la trágica noche en medio del campo, junto al golfo donde las perlas dormían su luminoso sueño. Salimos. Casi en la puerta se despidió:

—Buen viaje.

—Adiós.

No había bebido apenas, y al volver la cabeza para verlo trasponer la primera esquina, me pareció que titubeaba. ¡Qué estupor el del mundo entero si yo pusiese aquí su nombre! Pero no. Acaso sea mejor, y no harto injusto, que se esfume y se reparta la sospecha. Resistiré la gran tentación de la popularidad y del escándalo. No en vano la primera asignatura de la carrera diplomática es saber callar.





II

LOS BRILLANTES

—Desde muy joven tengo canas. Fueron de miedo; de veras. ¡El miedo no sólo puede acometerlo á uno en la sombra y ante lo desconocido, sino á plena luz y en medio de gente! Puesto que me abre usted unos ojos que parecen dudar de que á mí, el hombre-cifra, el hombre-método, pueda haberme ocurrido algo extraordinario, se lo contaré.

Y sacando de la cartera dos papeles, los extendió sobre la mesa y los miró con las pupilas nubladas un instante, antes de proseguir:

—No he perdido estos dos papeles ni creo que los perderé nunca. ¿Ve usted? Este es el boletín de entrada al Club, y como este otro, que parece una hoja de carbón doblada junto con la hoja blanca por alguna mecanógrafa distraída, tenía yo el pelo entonces: negro, lustroso. Lea el boletín: primero, el número; luego, *Diamant Club van Antwerpen, Naamlooze Maatschppij—Societe Anonyme—*; después, el precio de entrada—antes eran tres francos; ahora es más:—mire el 5 sobrepuesto con un sello de goma. Está quiere decir que sólo es válido

pero por un día: el de la fecha, puesto al margen; y aquí, en líneas paralelas escritas una en flamenco y otra en francés, la advertencia de que es intransferible y de que la Dirección puede retirarlo sin necesidad de justificaciones. Igual que este Club hay otro en Amsterdam; y precisamente íbamos á salir de Amberes para Holanda, cuando... Pero dispense; comprendo que me embrollo, y que sin un poco de orden, partiendo desde el principio, no podrá entenderme. Vamos á ver...

Se pasó la ancha diestra por la frente para sofrenar los recuerdos; cerró el estuche donde, reproducidos en cristal los grandes brillantes del mundo, desde el multifacétado Gran Mogol y los dos Kok I Noors, hasta el azul y el plano del Sha, hacían pensar filosóficamente en la inutilidad de tantas ambiciones; puso una copa sobre el boletín que acababa de deletrear, y desplegó la hoja traslúcida, dentro de la cual, en dobleces semejantes á los que hacen los farmacéuticos para envolver los polvos, el papel negro, que yo creí al principio de calco, brillaba con charolado tenue. Luego prosiguió:

—Yo había llegado dos días antes con Manuel, el hijo del dueño. Era el primer viaje que hacía—su padre estaba baldado por el reuma—, y como no se atrevieron á dejarle solo, me enviaron á mí también. Ya lo conoce usted hoy, ¿verdad?: criado en ese medio, un poco igual en todas partes, de cigarros egipcios, música rota por los negros del jazz y mujeres de caras lívidas y ojos y pelo casi artificiales. Yo iba en calidad de modesto empleado de confianza que entró de muchacho á barrer la tienda y había llegado sin una mala nota á primer dependiente; iba en calidad de perro de dos pies, con el único objeto de contenerlo un poco; pero apenas dejamos á su familia en el andén, empezó á tratarme como á un mueble vivo y á divertirse á costa

de mi mal disimulado estupor ante la diversidad que el mundo adquiriría de pronto á mi vista, hecha á contemplar siempre la misma ciudad, la misma calle, la misma alcoba de sotabanco, el mismo despacho bajo de techo situado en el piso alto de la joyería... Ahora creo que no me dijo nada de mi traje de sastre de portal ni de mis escandalosos bigotes de mosquetero, por desprecio ó por cortedad; mas apenas traspusimos la frontera, se me antojó que yo llevaba mi pasaporte de hertera exhibido á la vista de los menos observadores. Mi deseo de extasiarme ante todas las cosas y mi prudencia de contenerme, debían darme una rigidez calamitosa. En París creí perder la cabeza. Me llevó á un restorán de noche y pasé la vergüenza más grande de mi vida: el casto José hubiera parecido junto á mí un libertino. Al día siguiente salimos para Bruselas y para Amberes, adonde llegamos la misma tarde. No había nada que hacer, y me paseó por el puerto. Por la noche, fumando su pipa de tabaco amarillo en el *hall* del *Hotel Terminus*, estábamos aburriéndonos juntos, cuando una mujercita, asomándose de pronto por entre un abrigo de pieles, le saludó. Debían de ser muy amigos, porque se dieron la mano, las manos, y empezaron en seguida á beber juntos. Como yo no logré contener un bostezo, él se apresuró á decirme:

—Puede irse á acostar, si quiere.

Me fuí. Nuestras habitaciones estaban separadas por una puerta que se abría desde la suya. Al subir la escalera se cruzó conmigo una mujer que ya me había estado mirando, hasta azorarme, durante la comida. Era rubia, corpulenta, y tan pronto me parecía joven como anciana. Y al pasar dijo algo de lo que únicamente pude entender dos palabras: *petit* y *espagnol*, y vi que junto á ella mi delgadez y mi juventud aumentábanse por contraste. Dormí

bien, y a la mañana siguiente fuimos con un corredor amigo al Club... Era una sala vasta con grandes mesas bajo lucernas, por donde entraba una luz vivísima de día concentrado. Aquí y allá, grupos de hombres hablaban y gesticulaban en torno á papeles iguales á éste, sobre cuya negrura ó cuya blancura centelleaban las piedras... Mis ojos y mis oídos se aclimataron en seguida; yo había visto brillantes desde niño, y cada nombre, cada indicación, suscitaba en mí un recuerdo concreto, sin dejar empero de aturdirme:

—¡Ocho, ocho!... ¡Dos gramos!... ¡Roca del Brasil!... ¡Golconda!... ¡Tres facetas!... ¡Rositas!... ¡Blanco-azul!... ¡Veinte!... ¡Morenos!... ¡Primera mina!... ¡Beers!... ¡Kimberley!

Cien voces solicitaban á la vez. Era igual que la Bolsa; pero en la Bolsa no se ven los valores y allí sí. Bajo la sagacidad de los hombres, atentos á justipreciar, los innumerables destellos se cruzaban con las miradas. A las pupilas ictericas respondían los reflejos amarillentos; á los ojos de nacarado añil, el centellear azulado. Había en aquel salón infinidad de millones. Hombres casi tan mal vestidos como yo sacaban de todos los bolsillos carpetas de cuero sujetas con gomas, llenas de envoltorios igual á éste; y cada vez que se desdoblaban sobre el pedacito de noche del papel, estrellas de un fulgor transparente cintilaban en constelaciones maravillosas. Junto á nosotros desfilaban vendedores y compradores: los flamencos rubios, grasientos; los judíos cetrinos, de pelo hirsuto; el mestizo de indio y de europeo que proponía retallar piedras defectuosas... A las ofertas de brillantes menudos, mi compañero denegaba: «Chispas, no.» Todo cuanto fuera inferior á tres quilates era inútil... Quería piezas grandes... Llegó un viejo que traía sólo tres carpetas. Al abrirlas, todos los bri-

llantes cercanos empalidecieron. En una de ellas, siete inmensas gotas de agua petrificada irradiaban esplendor de aurora. Eran magníficas. «¿A cuánto el quilate?» «A dos mil quinientos; precio último...» «Bueno, siempre sería á mil doscientos, llevando el lote... A ver la lupa... No, ni un carbón, ni una picadura, ni una mancha, ni una faceta rota; perfectos.» La más pequeña marcaba en el calibrador seis quilates. Las pesamos: cuarenta quilates; sesenta y cinco mil florines entre todas—el florin es la moneda internacional de los diamantistas—. Una fortuna. Una fortuna. Y Manuel cerró el trato con displicencia.

Salimos del Club, y al verle guardar sin precauciones especiales las dos carteras, no pude contenerme;

—Tenga cuidado—le dije—. Abróchese el botón del bolsillo ó préndase un imperdible. Aquí, en la solapa, tengo yo uno.

—¡Bah!—respondió.

Yo, que llevaba asegurados con un alfiler los dos ó tres únicos billetes por recomendación de mi madre, recordé sus últimas palabras al besarme; eran consejos también: «No hables con desconocidos; huye de las mujeres; reza todas las noches, hijo mío...» Ignoro si Manuel rezaba al acostarse; no lo creo; pero, en cuanto á las otras dos indicaciones, no era posible apartarse más de ellas. Comimos en un restorán aturdidor, frente á una de las grandes esclusas; pasamos la tarde en el jardín de aclimatación, y visitamos el acuarium. Cada coletazo de los peces al arrancar chispas del agua, me recordaba los mal guardados brillantes. Al fin regresamos al hotel, ya de noche. En la entrada estaba la muchacha inquieta, asomada á su abrigo de pieles, y en seguida se apoderó de mi compañero. La mesa junto á la cual se sentaron no tardó en llenarse de va-

sitos con restos de siropes ardientes y de setosas solillas de «Abdulhas». De repente, tras un cuchicheo entre los dos, él me preguntó:

—¿Qué, cenamos? Lo mejor sería ir fuera.

—Es que... No tengo ganas.

—¿También está usted cansado hoy?

—Sí; mucho.

Me llamó aparte entonces y, dándome las leves envolturas de papel que contenían el tesoro; me ordenó con un tono mitad seco, mitad frívolo, contra el que no me fué posible argüir:

—Entonces tome esto y espere en el cuarto. Vengo pronto.

Subí la escalera sintiendo que me zigzagueaban los huesos de los muslos. Al abrir la puerta de la habitación noté que se entreabría la de al lado y que una cara, la cara de la mujer corpulenta y no sé si joven ó anciana que la noche antes me dirigió palabras ininteligibles, me lanzaba por entre el betún de los ojos una mirada turbia. Cerré por dentro con doble vuelta de llave, encendí todas las luces, saqué las carpetas y tateé las piedras sin atreverme á desenvolverlas, temeroso de que sus luces traspasaran los muros. Puerilmente las coloqué en lo más hondo de mi baúl, entre los acanalados pliegues de una camiseta y, para no dormirme, cogí del cuarto de Manuel un periódico—*Le Neptune*—aún me acuerdo—y me puse á tartamudear cosas que no entendía. Hasta eso de la una todo fué bien; á partir de allí comencé á impacientarme... «¡A eso le llamaba Manuel venir temprano!»...

De pronto, ¿fué ilusión?, unos golpecitos tenues, cautelosos, sonaron en la pared. Me levanté de un salto, abrí trémulo la gaveta de la mesa de noche; saqué el revólver y me puse en acecho. Mientras escuchaba con toda el alma puesta en los oídos, ideas

y recuerdos se golpeaban en mi imaginación: Recuerdos de engaños, de robos, de hombres narcotizados ó asesinados; de joyas desaparecidas para siempre con sus guardianes... Sin detenerme á considerar lo grotesco de mi figura, me senté sobre el baúl y, no satisfecho, cabalgué sobre él, apretando las piernas con tal fuerza, que sentía grabárseme en la carne la obra de latón verdoso de que estaba forrado. La gran lupa del miedo agrandaba los brillantes confiados á mi débil custodia, y cada una adquiría para tentar á los ladrones los 3.024 quilates del *Culliman* y las luces de la *Estrella del Sur* ó del *Orlaff*. Como si el pobre baúl fuese un nuevo Clavileño que volase inmóvil y desbocado hacia las regiones del terror, pavorosas imágenes sobreponíanse á mi voluntad de dominarme. Un resto de razón me aconsejaba llamar al camarero, bajar á depositar los brillantes en la caja del hotel; pero ¿cómo entenderme con aquellas gentes? Y además, ¿quién me aseguraba que aquel camarero de patillas azafrañadas no fuera un cómplice? ¿Era la primera vez que un ladrón adoptaba disfraces? Precisamente entre el tumulto del Club me pareció ver á un hombre con patillas del mismo color... «¡Ah, aquel camarero debía de pertenecer á una banda!...» Otros golpecitos ya indudables vinieron á espolear mi obsesión. Después el silencio fué precipicio donde el alma cayó sin llegar siquiera á estrellarse contra un hecho real. El temor de que pudieran dejarme anestesiado ó herido levemente y de que pudiesen sospechar que yo era coautor del robo, me helaba de angustia. Las ideas más absurdas se encadenaban y adquirían forma de realidad. «¡Sí. Sin duda la opinión pondríaseme en contra. Y el primero en acusarme sería el contable, que estaba celoso de mí por las consideraciones de los jefes... Aunque saliese libre, no volvería á encontrar nunca colocación,

y mi madre, la pobre viejecita, que me repetía á diario, en nombre de mi padre muerto, que lo primero era la honra, «lo único que él y yo te podremos dejar, hijo mío!», moriría de pena al verla hendida por el entredicho ó rota para siempre quizá...» ¡Ah, no, yo defendería mi apellido con las manos y con los dientes! ¡Antes que lograsen desmontarme del baúl, el falso camarero y cuatro de sus compinches, por lo menos, quedarían tendidos!

A pesar del frío, un sudor tibio y viscoso me envolvía. El bordoneo de un teléfono me hizo oprimir convulsivamente los hijares de mi cabalgadura. Sí, era en el otro cuarto vecino, también separado del mío por una puerta condenada, donde se urdía la maquinación. Oí una voz, acaso la señal del asalto; al poco rato pasos recios en el pasillo; luego diálogo con sordina—tal vez malvadas órdenes—; después eléctricos intervalos de silencio; más tarde un ruido rítmico que tan pronto me parecía el de un aparato misterioso limando los pestillos y las cerraduras, como el vaivén de un jergón de muelles; después, el jadeo que produce la ejecución de una obra difícil; por fin una quietud muda, interminable... Perdí el gobierno de mí mismo y la noción del tiempo. Si la puerta se hubiese abierto de súbito, no sé si habría disparado á ciegas los cinco tiros de mi arma, ó si me habría quedado rígido, sin fuerza para mover el gatillo. Contra lo que he oído decir de otras situaciones de miedo, le aseguro que las horas no se me hicieron largas. Ni largas ni cortas... Fué una especie de pedazo de eternidad. ¿Me explico? No sé si mis facultades, petrificadas por el terror, sufrieron una especie de catalepsia, y si en medio de las luces y de la angustia de esperar unas manos que vendrían á arrebatarme los brillantes, dormí con los ojos abiertos. Tal vez sea distinto el miedo claro, concreto, que me hizo envejecer aque-

lla noche. Lo cierto es que el azul del amanecer sobrevino en las rendijas sin yo esperarlo, y sin ya esperarlo también, sobrevino Manuel abriendo la puerta del cuarto como si tal cosa. Entre las mil ideas á la vez absurdas y posibles, la de que pudieran robar la llave colgada abajo, en el casillero, y entrar sin necesidad de recursos de novela policiaca, no me acudió á la mente. Acaso fué piedad de la imaginación, pues mis nervios no habrían podido resistirla. Cuando Manuel llegó—él me lo ha dicho luego—, yo no sé en verdad lo que hice: parece que me eché en sus brazos en un espasmo de sollozos; que abrí el baúl, que saqué á pelotones la ropa y le alargué la camiseta de punto que por primera vez contenía algo de más valor que mi pobre cuerpo.

Tuvo que venir un médico y administrarme calmantes. Deliré y me han asegurado que en el delirio realizóse varias veces el ataque á mi cuarto y la defensa heroica de los brillantes. Ni el camarero ni seis enmascarados lograron desarzonarme del baúl, ni aplicarme un pañuelo embebido de cloroformo. Manuel y la muchacha de las pieles me cuidaron muy bien, bebiendo cocteles cada vez que yo tomaba medicinas; y varias veces hube de fingirme dormido para no verlos besarse. Una mañana, antes de que ella llegara, él me dijo:

—No tuvo usted suerte en ponerse malo. Había en el hotel, en ese cuarto de ahí, una mujer loca por usted, *beau petit espagnol*... Me dijo que hasta le estuvo haciendo señas y que, por fortuna, usted no la oyó ó se hizo el sueco. Digo por fortuna, porque después le llegó su amigo, que es una especie de gigante celoso... Qué, ¿salimos mañana para Amsterdam? He recibido telegrama de Asscher...

Me volví disimuladamente para que no me viese la cara y pude contemplármela yo en el espejo del armario; estaba lívido de vergüenza. La luz que se

irisaba en los biseles de la luna era tan dulce como la celestial música del carrillón que vibraba por dentro; y poco á poco, en las esquinas de los párpados, dos gotas transparentes, luminosas, dos gotas que resplandecían igual que las de piedra resplandecen sobre este papel negro, se cuajaron, rodaron, y fueron á perderse en el embozo. Fué la ilusión de que los brillantes que hubiese querido poder guardar aquella noche dentro de mi ser, salían dulcemente y sin mancha. Y, sin embargo, no salieron del todo: cada vez que he vuelto á ver uno de aquellos—y he visto algunos inesperadamente—he sentido que un vacío doloroso, un vacío que no llenan por completo ni la alegría ni los años, se llena de pronto, cual si se ajustase en él el molde facetado y duro que, á tremendos martillazos de miedo, lo ahondó para siempre en mi alma.



III

EL RUBÍ

No te hago, lector, la ofensa de preguntarte si recuerdas á Antonia Molina. La juventud constituye uno de los orgullos más legítimos del hombre, y en torno á su pérdida, fuente amarga donde las aguas se enturbian y llenan de microbios, la vanidad teje al pájaro de la candidez toda clase de piélagos. Pero pregúntale á tu padre, á la tía anciana, que aún te nombra con un diminutivo, á pesar de hallarte más acá de la selva oscura, al amigo apergaminado y aferrado á una vida que ya para él es casi idéntica á la muerte, y verás cómo un fantasma de voluptuosidad viene desde el fondo del recuerdo á asomarse á sus máscaras reseca y estriadas por los años. Antonia Molina fué un milagro; un milagro de belleza, de gracia, de hermosura, de dominio. Si la flor cuyo logro persigue el jardinero bajo sus cristales, donde tibias temperaturas se encalman, brotase de pronto á la intemperie, entre breñas y bajo el azote del cierzo, no sería prodigio tan raro como el de aquella mujer, nacida y criada en una aldea mi-

sera, de larga ascendencia labriega, y, sin embargo, fina, elástica, color de ámbar, túrgida, con una aristocracia en la carne más real que la ostentada en las acciones por muchos de prosapia más ilustre. En un pueblo más contemplativo, habría bastado que Antonia Molina se mostrara quieta, á modo de divinidad de viaje por el mundo, para constituir un espectáculo henchido de enseñanzas; aquí tuvo que bailar; y noches y noches, en medio de una expectación eléctrica surcada por relámpagos de sensual fanatismo, su cabeza, apretada por el casco de pelo negro y luminoso, mostró al echarse hacia atrás, entre los brazos de ondulante frescura, la garganta, los hombros, el busto, las piernas perfectas, y, á modo de luz y de reflector que la hiciese llegar hasta lo más hondo de las almas, los ojos, que eran cada hora de un color, y esa sonrisa seria y dolorosa de los ejercicios difíciles.

Verla bailar producía una sensación de delicia y de remordimiento. Durante muchas noches profesó su lección viva de escultura, y fué un anhelo diluido en la ciudad. Y cuando se supo que el novio zafio del pueblo la había profanado, y que durante unos meses el ánfora, llena de la gran fuerza de la vida, iba á deformarse, un rencor extendióse entre el público, reventó en zurdos insultos en la Prensa y reveló cómo la belleza puede alcanzar potestades á las que sólo llegan la religión y la patria, yendo á formar parte de esa heredad de ensueño que disfrutaban hasta los más humildes.

Cuando dos ó tres meses después del parto reapareció, más bella aún, aquel rencor manifestóse en una protesta de despecho, en una especie de inmenso cariño al revés. Antonia Molina, ofendida, recogió sus trajes, juntó sus ahorros y se fué al extranjero, donde su nombre no tardó en enseñorearse de los programas de los grandes teatros.

De tiempo en tiempo llegaba su resplandor sonoro desde Berlín, desde Viena, desde San Petersburgo, desde París, y, con él, jirones de leyendas, en las que el oro y las pasiones tallaban un trono más alto que el de todos los reyes. Nunca más quiso volver á la patria, ni siquiera para ver á su hija, que manos redimidas para siempre de la gleba cuidaban en el pueblo... Y de súbito, cuando el jubileo de la reina Victoria convirtió á Londres en escenario en donde todos los poderes de Occidente y de Oriente convivieron un día entre fausto, niebla y satánico orgullo mal envuelto en las estrofas bíblicas del *Recesional* de Rudyard Kipling, un Rajah fascinó á Antonia Molina y se la llevó desde el camerino del *Empire* á la India lejana, llena de fieras, de almas remotas y piedras fulgurantes.

Fuó aquello para el público como una muerte. Las pasiones desinteresadas duran muy poco, el alcance espiritual de los seres es escaso, y únicamente los fatalmente privilegiados pueden dedicar al pasado y al futuro una atención que el presente exige. Se fueron de la vida los más viejos; otros tomaron su lugar en la antesala de la necrópolis; dejaron de salir de casa en las noches de invierno muchos padres en cuyos hijos destruyó el gusano del hombre la mariposa de la infancia; y nuevas generaciones rindieron á las divinidades elementales de la ambición, de la pereza y del placer, su tributo. Mas de tiempo en tiempo, tras un mes de navegación, bajo cielos donde las constelaciones no eran las mismas, llegaba al pueblecillo de Antonia Molina un sobre abrumado de lacres, y dentro de él un cheque, algún retrato, recomendaciones que eran cada vez menos inquietas. Del pueblo salían también cartas con mala ortografía y una ternura formularia. «Mi queridísima mamá», se escribía bajo el parral, á la sombra violeta de las mon-

tañas, bajo el vigilar maligno y cazarro de los ojos de los campesinos. «Mi queridísima hija», escribíase en el palacio encantado de Benarés, cerca de otra nueva hija, á quien cada día daba una gracia más á la sombra melancólica de unos ojos pajizos, sobre los cuales arrollábase un turbante recamado de gemas. Pero aquel intermitente lazo de papel y de dinero no bastaba á unir bien vidas tan lejanas. Para la niña que jugaba con los terneros en el valle—verde sonrisa entre los montes de granito—la verdadera madre era la tía, que le enseñó las primeras palabras y guió todos sus pasos; para la frágil muñeca oriental que gustaba de hundir sus manecitas en el cofre donde se guardaban las piedras regaladas por el Rajah á la raptada, no había otra madre que la suya; y jamás hubiera consentido que los maternos brazos, ondulantes y frescos á pesar del otoño carnal, se abrieran para recibir y dar caricias, sin pensar que se las robaban.

Pero lo subconsciente tejía del pueblecillo misero al palacio encantado la red misteriosa que no ven los ojos más sutiles. A veces, sin causa, sobre todo en las horas agudas del crepúsculo, en que hasta las almas rudimentarias se escapan de la prisión corpórea, las dos niñas pensaban en la hermana desconocida. La de la aldea esforzábese, sin darse cuenta, en desentrañar, al través del traje suntuario y exótico, el elemento humano; y la princesa, al través del atavío lugareño que las fotografías hacían parecer lujoso también, buscaba vestigios de la belleza y del carácter maternos, deteniéndose en un surco vertical de la frente—surco de voluntad, de tesón, que la frente de Antonia Molina, nidal de caricias y no nidal de pensamientos, jamás tuvo.

—¿Qué remiras ahí?—decía, aguijoneada por se-

creto despecho, la tía, enriquecida á costa de la ausente.

—Miro á mi hermana—respondió la niña...—
Me gusta mirarla.

—Sí, sí... Mucho casarse con rey ó lo que sea; pero el caso es que aún no hemos podido comprar el huerto de los chopos.

Y Antonia, estremecida en su naturaleza, á la cual la belleza externa penetraba y ennoblecía á veces, preguntaba á su otra hija, al verla inclinada sobre el retrato enviado desde el pueblo:

—¿Pero es que no te cansas de mirarla?

—No. Me gusta más mirarla que leer la historia inglesa del Lama que buscaba el riachuelo divino y que la de Nala y Damayanti.

El nombre de su madre, Antonia, llevaba la primera; el nombre de una de las princesas más ilustres de su estirpe paterna, Vasatissena — aunque le llamaban *Aimé*—, la segunda. Cuatro años de edad, seis mil leguas y una inmensidad de elementos de rango y de raza las separaban. El haber vivido nueve meses en el mismo molde humano las unía. Y el tiempo, año á año, iba acendrando en cada una los elementos de identidad y los de diferencia: la pasión efervescente de España y la pasión honda y remansada del Oriente.

Cuando la menor cumplió diez y siete años, la Naturaleza advirtió á Antonia Molina, retirándola esa brutal impresión de sexo con que arrebató de la infancia á la mujer, que su función femenina iba á entrar por nuevos senderos y que era preciso buscar fuera de sí misma, en el eco maternal, la visión de belleza y de poderío que había sido el eje de su espíritu. Ella, toda espontaneidad, toda ímpetu, no se resignó á la belleza de los afeites, de las arrugas contenidas y de las canas encubiertas. Y fué una vieja prematura que halló melancolía

y castigo en anticipar la temida vejez. Una fuerza tierna, semidormida hasta entonces, removió sus entrañas, y adquirió la vehemencia de un remordimiento. La maternidad, el heroísmo de las mujeres, se exaltaba con quimeras de sacrificios, de abnegaciones... Ahora sentía á la otra; era cual si el parto del pueblo hubiese sido incompleto y se integrara tardíamente con un desgarramiento de las entrañas del alma, del que nacía el ser desvalido, lejano y gemebundo. Pasaba largas horas mirando á Aimé y pensando en la hija de su primer amor, de aquel amor zafio y brutal que, satisfecho en un solo encuentro, borró por completo de su memoria el recuerdo del hombre. La otra, Antonia, llegó á obsesionarla de modo tal, que cuando acariciaba á Aimé, no lo hacía nunca una vez sola; y, al reiterar la caricia, la muchacha la miraba con sus almen- drados ojos de turmalina, como diciéndole: «Sé que esta segunda caricia no es para mí.» Todo el tiempo que la olvidó antes, quería rescatarlo ahora robando al sueño horas para pensar en la hija abandonada, carne de su carne, y también raza de su raza, que debía de parecersele, sin la palidez cetrina de la piel y sin los insospechables remolinos del alma, que proclamaban el injerto en la otra. Aimé sufría de estas obstinadas meditaciones:

—¿Qué piensas, mamá?... Sé que piensas en ella.

—Sí, es verdad.

—La quieres más que á mí.

—No, igual... Y tampoco. Te quiero más á ti... porque vivo contigo, porque te conozco más, porque...

—¡No, no!... Por todo eso me quieres menos: ella es hija igual que yo, y además... ¡Cómo debe de odiarme!

—¡Calla! ¿Por qué? Nada de lo que es del Ra-

jah hubiera podido ser suyo... Nada le has robado.

—Le he robado algo mucho mejor: á ti.

Lentamente, en el transcurso de unos meses, la otra hija llegó á ser un fantasma del palacio. De todos los males tenía la culpa. La tristeza de Antonia, antes tan alegre; su rápido encaminarse á la vejez; las lagunas de difuso enojo entre ella y Aimé, turbaban la vida familiar, arrancando de sus conspiraciones al príncipe y haciéndole decir, á veces de pronto, en las horas densas de las sobremesas, en que iba de uno á otro, reptando, el mismo pensamiento:

—Tráela..., tráela aquí... ¿Verdad, Aimé? Debías haberla traído ya. Yo no me explico cómo has podido vivir sin ella.

Antonia titubeaba, á pesar de estas exhortaciones. ¿Era presentimiento de desgracias ó un anhelo pueril de expiación? Fueron dos años de tortura. Aimé tenía, á causa del disimulo de su madre, repentinas y tempestuosas cóleras. Ya no la divertían las galas, ya no la divertía leer á hurtadillas, con su esclava Adite, el *Gita-Govinda*, de donde todas las figuras del amor alzábanse con frescura quemante. Aquella hermana, que era adorada imagen en el recóndito sagrario materno, proyectaba en su alma una sombra. Y como si al igual de las corrientes ígneas, que hallan cráteres diferentes á millares de leguas, la pasión encendida en el palacio de Benarés fuera, tras viaje subterráneo, á llamear en el escondido pueblecito andaluz, las cartas de la otra hija revelaban un desasosiego no manifestado hasta entonces. «¿Me moriré sin verte, mamá?» «Sueño contigo...» «Si no he de verte nunca, sería mejor que me muriera.» «Me da vergüenza y rabia cada vez que llegan tus cheques. No eres nada generosa conmigo, pues que me nie-

gas lo que hasta las más pobres tienen, mientras no se las quita Dios. ¿Comprendes?» «A veces, sobre todo los días de fiesta, me encierro, me quedo bien á obscuras para poder verte, y me paso horas y horas murmurando una sola palabra: ¡mamá!»

Estas cartas enfermaron á Antonia. Tuvo fiebres palúdicas y la poseyeron unos sopores que hicieron temer la enfermedad del sueño. Poco á poco, para no confundirla con aquella otra Antonia que había tomado tiránico lugar en la casa, hasta el príncipe empezó á llamarla mamá. Era un homenaje instintivo, mejor aún, un bautizo al nuevo ser que el remordimiento y el dolor habían hecho nacer en ella. Ya no era artista, ya no era hembra, ya no era casi esposa; ahora era madre nada más. Y una tarde en que se cumplían años de aquella en que se encontraron en su camerino del *Empire*, el príncipe, cogiéndole las manos y mirándola con dulzura á los ojos, le dijo:

—El día doce salimos para Europa, mamá. Yo iré á Inglaterra, y tú y Aimé á Suiza... Allí se os reunirá Antonia, á quien ya he cableografiado y girado en tu nombre; y volveremos juntos, ¿quieres?

Antonia Molina se puso en pie, juntó las manos, alzó al cielo los brazos y se iluminó con su antigua sonrisa dolorosa, cual si fuera á renovar uno de aquellos magnéticos bailes perdidos en el tiempo; y luego cayó á tierra sin sentido. Cuando Aimé y el príncipe lograron reanimarla, volvió á sonreír y murmuró:

—Creí que me moría... La dicha también puede matar.

No murió de la esperanza de ver á su primera hija, pero á los tres ó cuatro días de abrazarla, en Ginebra, cuando ya una nueva ilusión—la de

calentarse otra vez al sol de España—hinchía el velamen de su espíritu, cayó en cama para no levantarse más. Las dos muchachas acudieron en torno al lecho sus cuidados en una emulación silenciosa. Apenas habían tenido tiempo de observarse, de medirse, y la dolencia maternal estableció entre ellas una tregua de prevención. Aimé era más pausada, quizá más segura; Antonia, más pronta, un poco aturdida. Las dos habían heredado la belleza; pero una belleza desigual, pujante y como desbordada en la primogénita; enfermiza y como reconcentrada, en la otra.

La madre las miraba con medrosa complacencia, esforzándose ya, con rapidez de maternal instinto, en desentrañar lo que había de común y de incompatible en los dos frutos de su ser. Un instante estuvo entre las dos sonrisas y sintió dos manos unánimes caer sobre sus hombros en sendas caricias que casi la hicieron temblar. Su corazón presintió que cada una de aquellas manos hubiese querido tomar posesión de ella para siempre, con fiero exclusivismo, ciegas á todo ajeno derecho. Fué apenas un leve ademán de atraerla hacia lados opuestos, y ella lo sintió en el alma. La ternura la ablandaba toda nublándole casi por completo el juicio; pero, al través de la niebla efusiva, perfiles de imágenes y de ideas insinuábanse con progresiva firmeza: Antonia era ella *antes*... Era su juventud, su ímpetu hacia las luces y hacia la aventura, sus facciones á la vez suaves y marcadas expresando sin velos, como otra voz más expresiva aún á pesar de su mudez que la sonora, hasta las menores palpitaciones de la voluntad y el sentimiento; era ella antes de conocer al hombre y de sufrir el contacto siempre vigilante de otra raza; ella nueva, aislada del pasado y del presente cual una fuerza primaria de la vida. Y, del otro lado, Aimé era también

ella misma de otro modo... Mucho de su alma se asomaba á los ojos aceitunados donde, bajo las largas pestañas de azulado brillo, tenían las pupilas el graso, hondo é irisado imán de las aguas estancadas. En sus movimientos, en su manera de inclinarse, de sonreír, de volverse con repentina curiosidad y, sobre todo, en algo elástico y pronto é expandirse vivo de continuo bajo la calma adormecida, veíase asimismo con rasgos tan claros como los que la retrataban en la espontaneidad juvenil de la primogénita. Dijérase que Antonia era su imagen antes del pecado y de la sabiduría, y Aimé su efígie de después... La cabeza iba á enfrentarse dolorosamente ya con una, ya con otra, y los brazos en vano quisieron servir al corazón en el anhelo de estrecharlas y juntarlas tanto que se fundieran en una sola con dos cuerpos: hermanas gemelas nacidas de distintos padres en tiempos y climas diferentes.

—¡Qué lindas sois!... No os parecéis nada, y sin embargo...

—¡Ya quisiera yo tener los ojos de ella!...

—¡Y yo tu piel!

—Conque las dos tengais el corazón igual y me querais mucho, mucho, mucho...

—¡Ah! ¡Lo que es en eso sí que...!

—No es posible, no, que nadie te quiera tanto como yo.

Y se quedaron un segundo suspensas, serias, cual si aquella palabra pueril hubiese soltado un resorte oculto y adverso. Siguió un silencio caudaloso de recuerdos y de remordimientos: la madre tuvo casi en los labios, vueltos hacia la hija tantos años abandonada, la palabra «perdón»; y cuando sus dos manos se tendieron para decir lo que no osaba cuajarse en la boca, vió ahondarse aún más el agua estancada de los ojos de Aimé y caer sobre

su rostro, venida de dentro de ella misma, una expresión sombría. ¿Se habría fijado Antonia? No, no... Debía ser irreflexiva, lo mismo que ella fué, generosa, aturdida... Y, sin embargo, ¿por qué rechazó la caricia y dijo con una inflexión melancólica:

—Una caricia para cada una, mamá... Si fuera á cobrarme ahora las que no me has hecho, Aimé sufriría demasiado.

Desde el primer momento, una cortesía disfrazada de cariño las enlazó muy juntas. El español meditado y ceceante de Aimé contribuía á dar artificialidad á sus conversaciones. En la misma estación, mientras los criados despejaban el andén de bultos, la madre las aunó en un abrazo estremecido y las dijo:

—¡Habéis de quereros mucho..., mucho! Ya hablaremos de eso cuando estemos bien solas. ¡Las dos me lo habéis de jurar!

Una marejada de viajeros las desunió, y, sin saber por qué, la madre no volvió á reanudar la demanda anhelante. Sin duda, apartadas una de otra, les preguntó su impresión; y, sin duda, la respuesta debió tranquilizarla ó amedrentarla de tal modo que no osó insistir. Pero cuando, ya enferma, la boca sólo se movía para confundir en el monólogo invertebrado del delirio el vallecillo natal con el de Choembrung, y el *flaot* de Londres con el palacio encantado de Benarés; cuando, tras vertiginoso barajar de fechas y de nombres desconocidos para ambas, la frente se descargaba de fiebre y los labios se movían afonos sin conseguir pronunciar las palabras dictadas por el alma, las dos temían que la conversación del andén se reprodujera. El médico, uno de esos seudos sabios brutales que no usan del anestésico del engaño, habíales ya clavado el escalpelo de la verdad. «No

puede salvarse. Y al hundirsele todas las facciones y amoratársele los labios, casi conjuntamente con el dolor, penetró en las hijas un sentimiento de tranquilidad por verse libres de aquella amenaza de juramento. Una criada, después de ponerle un espejo frente á la boca para ver si alentaba, anunció la muerte; Antonia, poseída de un terror nervioso, echó á correr, y su hermana la alcanzó en el pasillo:

—¡No grites, no grites!...

—¡No quiero verla!... ¡No quiero verla así!... ¡Yo nunca he visto un muerto, Aimé!

—¡Pues hay que amortajarla!... La amortajaré yo sola. No vamos á dejársele á los criados.

La cara de Antonia se contrajo; el pliegue vertical de su frente ahondóse, y entró en la alcoba. Como Aimé se inclinara á besar el rostro querido, ella se inclinó á su vez, besó con un beso más largo la mejilla y puso después su boca en la boca, por donde ya un tenue relente de muerte se escapaba. Luego del esfuerzo terrible, mirando cara á cara á Aimé, dijo:

—Podemos empezar cuando quieras. Que salgan los criados.

Galvanizadas por la voluntad de superarse, realizaron la fúnebre faena. Al desnudar el cadáver, hallaron prendido en la ropa más interior un broche. Era una piedra roja donde parecía haberse concentrado toda la sangre que faltaba en el cuerpo. Aimé explicó:

—Esa es la única con que quiso quedarse. Parece que la ha llevado siempre, como un amuleto... Desde antes de conocer á mi padre. Trae y la echaremos en la cajita.

Abrió una caja de oro, de la que se escapaba un arco iris de fulgores, y echó el broche allí. Ya había entrevisto Antonia aquella caja llena de be-

rilos, de aguas marinas, que adquirían en la noche un brillo lunar de zafiros, en el fondo de los cuales una estrella alumbraba, de rosadas espinelas, de corindones blancos, de amatistas, de crisolitas, de jacintos, de turquesas, de obsidinas, de piedras de sol, de topacios, de lechosos ópalos. Aimé dijo en voz queda:

—Ya tendremos tiempo de hablar de todo; ya verás...

Los trámites del entierro, escamoteado por la dirección del hotel, y la crueldad de la muerte, mustiando y corrompiendo en pocas horas aquella flor de carne, marcaron para las dos hermanas horas de casi tierna convivencia. Unos días más, la posibilidad de embalsamar el cuerpo, que fué preciso devolver con prisa á la tierra, ó una persona tutelar, capaz de ajustar á la concavidad afectiva de cada uno de los salientes agresivos de la otra, habrían decidido en aquellos días en favor del bien; pero solas, entre extraños, el cadáver, en vez de mirarlo, las separó más. La primera idea de Antonia, después del entierro, fué volver bruscamente á España.

—¿Qué voy yo á hacer aquí?—le dijo á su hermana—. Dame un recuerdo de ella; ese rubí que llevó desde antes de conocer á tu padre, y me irá.

La cara pálida de Aimé adquirió un verdor duro, y los puntos dorados de las turmalinas de sus ojos se tornaron de acero. En vez de contestar, repuso:

—Claro que puedes irte y que nada podemos sobre ti... De todos modos, aunque mi padre hace siempre lo que yo quiero, no me atrevo á decidir sola. Creo que, por cortesía, debes esperarle. Yo preferiría darte todo lo que hay en la caja, al rubí. No por lo que vale, claro... Pero ¿no es mejor

dejar todo eso para después? Somos hermanas y apenas nos conocemos todavía, Antonia.

Fueron hermanas, sí; amigas, no. Un antagonismo remoto florecía erizado de ocultas espinas en cada intención, en cada revés del pensamiento, sin turbar la compostura de las palabras. Viéndolas, nadie hubiese adivinado. La indiferencia y la amistad no pueden confundirse; pero la amistad y el odio, sí. Ellas fueron enemigas íntimas, y á los pocos días ya no podía vivir la una sin la otra. Se buscaban como se buscan los que se quieren y los que se necesitan vigilarse. La razón no entraba para nada en la pugna; ni siquiera se daba cuenta de ella. Era un hondo duelo de instintos. La oriental envidiaba á la primogénita su salud, su ímpetu, la facilidad de adaptación, que la hacía avanzar por las situaciones nuevas con abandono firme, la belleza, el imán con que desarzonaba de su superioridad á los hombres; la primogénita envidiaba á la oriental su lánguido desasimiento de lo cotidiano, el don de mandar suavemente, y hasta esa gracia elegíaca con que urgen á sus víctimas las enfermedades del pecho. «¿Por qué no me he ido ya?», decíase Antonia todas las noches. «Será por conocer al príncipe», respondiase, cuando lo más superficial de sí misma hablaba. «Será por saber qué hay al fin del testamento», contestaba en ella otra voz algo menos epidérmica, delatando su entronque con la codicia de los del pueblo. Pero cuando su voz profunda, la verdadera, esa voz muda y de secreto que se traduce en los dos ó tres actos sustantivos de cada vida, iba á hablar, el rostro de Aimé y sus brazos, reteniéndola, resumían en una imagen la sensación de cadena y de dulzura, de aborrecimiento atractivo. Y si el monólogo se desarrollaba lejos de la otra, no podía resistir al impulso de ir á verla y de acariciarla con manos

donde, bajo la suavidad de la piel, los nervios y los músculos se iban agarrotando poco á poco.

Al llegar el príncipe, hubo otra tregua, ya la última. Aquella figura hierática, en la que el dolor apenas alteraba los rasgos, produjo á Antonia simpatía inefable. Había creído muchas veces que no podría quererlo, y casi desde el primer minuto lo quiso. Tenía algo de religioso en su quietud. Después de las primeras expansiones del dolor, sucedió un remanso familiar. Suplicaba, insinuaba ó iba adormeciendo la voluntad con un tacto balsámico. Antonia, oyéndolo, disculpaba á su madre por no haber sabido resistirlo veinte años antes. No era posible contradecir aquella voz de bondad y fatiga:

—Tú tienes para vivir sin depender de nadie, Antonia. Los ahorros de tu madre están íntegros, y yo quiero añadir á ellos algo más... Menos de lo justo; no te alarmes. Pero ¿por qué no vivir siempre juntos? Tú puedes darnos mucho más que nosotros á ti; sí, su recuerdo... El primer día que te vi, creí desvanecerme; fué verla como la vi el primer día, hace muchos años... Y cada vez que desde lejos oigo tu voz, siento un estremecimiento. ¡Quédate con nosotros, Antonia!

Antonia no respondió. Bajó la cabeza, y Aimé y el príncipe sonrieron al interpretar que asentía.

Dos días después, hallándose Aimé sentada, al inclinarse su padre para besarla, vió salir de entre las blondas del escote un resplandor sangriento:

—¿Qué es eso—dijo—, te has puesto el rubí?

—Sí, ¿no era de mi madre?

—Era, pero... Debía de ser para ella, Vasatissena. Precisamente la única piedra que conservó de antes de ser mía.

—Pues ella la ha visto y nada ha dicho.

La mentira no era completa. No se la había visto; se la había presentado nada más. Tan á flor de conciencia tenían ambas la pospuesta conversación, que la primera palabra disparada dió en el blanco y no tuvo necesidad de aclaraciones. Fué después de un pesado silencio, en un ímpetu, cuando Antonia dijo:

—¡No has debido ponértelo, Aimé!

Aimé se llevó las manos al pecho con instintivo ademán de defensa. Antonia prosiguió:

—¡Tú dijiste que ya hablaríamos, y mi única palabra es ésta: que es lo único que no cedo, que me corresponde, que quizá fué mi padre—mi padre, á quien no conocí y de quien sólo sé que también ha muerto—quien se lo dió. ¡Tú no debes llevarlo!

—Lo volveré á guardar con las otras piedras. No te pongas así.

—¡No, no es eso, no es eso!...

—Pues dejemos el asunto igual que antes... Todo menos reñir... Si lo quieres, te lo doy ahora mismo.

Sobre el seno virginal, entre la seda de la piel y la de las ropas, la vida interior del rubí desparramaba su mirar de púrpura. Una fuerza superior á su anhelo de poseerla hizo á Antonia declinar el ofrecimiento, hecho casi en tono de limosna. ¡No era una merced, sino una reparación lo que quería! Y Aimé, sagaz, aceptó en seguida la renuncia:

—Mejor. ¡No sabes cuánto te lo agradezco! No me la pondré más... Volverá á la cajita con las otras. Así todo será de las dos... Y mira, lo mejor será que cada una nos pongamos siempre una de aquellas piedras que ella usó también, y nunca el rubí. Elige tú... Yo me pondré estas esmeraldas.

Del breve torrente de resplandores volcado so-

bre la colcha de seda cruda, los dedos de Antonia cogieron en silencio un collar de ópalos y se lo prendieron al cuello. El príncipe, que llegó en aquel instante, nada dijo. Las besó á las dos, y poniendo su mirar miclado sobre ellas, pareció sellar con sonrisa de bondad el pacto.

Algunos días después empezó la peregrinación por ciudades diversas, la vida provisional en hoteles, el tumultuoso divertirse y el bostezar de las almas en bailes, en teatros, en recepciones, frente á las redes del *tennis* y á las pistas donde los caballos, ébrios de distancia, alargaban su siluetas bajo el acicaté de los *jockeys*. Fuera cual fuera la gala de la fiesta, los zarcillos verdes y el lácteo collar, mostrábanse orgullosos entre el centelleo de los brillantes; y fueran cuales fueran las palabras y la apariencia de pensamientos, una idea sola sostenía á los dos seres contra quienes la tentación del amor y la molicie de las diversiones nada podían. A veces, en un día cualquiera, en una hora cualquiera, los ojos de Antonia se clavaban escrutadores en los de su hermana, y ésta sonreía, iba con un pretexto fútil al armario, sacaba la caja de oro y, al descuido, hacía salir de su fondo el rayo sangriento. Antonia había lanzado el dardo de la sospecha en vano. Otras, Aimé fingía no verla, y la sospecha de traición trocábase en exasperada certidumbre. Entonces le era menester un esfuerzo de todos los músculos para no saltar sobre la usurpadora, rasgarle las ropas y sacar de entre un pliegue recóndito la sangre luminosa del rubí.

Poco á poco, el dolor del príncipe hallaba derivativos en la acción. Acercábase la fecha de una asamblea importante en las relaciones de los jerearcas indios con la metrópoli, y sus ocupaciones lo apartaban casi días enteros de Antonia y Aimé. En las cortas tangencias de sus vidas, las hallaba

cada día más juntas, y sonreía con melancólica satisfacción. El constante choque de armas inmatrimoniales pasábale inadvertido. Un día Antonia fué ante el espejo, enarcó los brazos frescos y ondulantes, echó la cabeza hacia detrás, y durante un momento fué su madre rediviva, tal como la habían visto pocos días antes en el lienzo guardado en una pinacoteca privada; el príncipe tembló. Otro, sin aparente causa, Aimé empezó á hablar de la India y á decir que hallar allí rubíes dignos de competir, no ya con un anónimo, sino con cualquiera de los *tres hermanos* ó con el del rey *Vispur*, era tarea fácil. Las miradas se cruzaban, se cruzaban las sonrisas, se acechaban los silencios y el recuerdo de la muerta era cual otro santo sepulcro en torno del cual, por amor trasmutado en odio, dos razas infundibles se juntaban en un abrazo. Abrazadas encontraba el príncipe á Antonia y á Aimé muchas veces. El abrazo es uno de los medios elementales de lucha.

Al terminar la asamblea y empezar los preparativos de regreso, Antonia sintióse oprimida de perentoria angustia. Las cartas del pueblo, que hasta hacía poco la dejaban indiferentes, comenzaron á torturarla; y los recuerdos de la vida lugareña, tan odiada, tan parda, tan junto á la esplendorosa de ahora, adquirieron en la memoria falaces brillos, ya de ternura, ya de paz. En medio de una partida de campo le llegó una idea que desde aquella misma noche se puso á minarla en largos insomnios; robar el rubí de su madre y huir. Y una vez inrustada aquella idea en su voluntad, el cálculo se puso á perfeccionarla con la activa paciencia con que el remoto artista había tallado la codiciada gema color de luz y color de sangre.

Después de un breve recorrido por Dinamarca,

y Escandinavia, debían recurrir en Inglaterra, para tomar en Southampton el buque de la *White Star*. Faltaban muy pocos días ya, y una noche, creyendo interpretar el príncipe las sombras que se agolpaban en el desfiladero de la frente de Antonia, ofreció:

—Para la primavera vendremos á traerle flores á nuestra muerta é iremos á España también. Cada año recorreremos en peregrinación un lugar de los en que ella estuvo.

Antonia no le dió las gracias con su efusión habitual. La hipocresía aveníase mal con su ser, en que ya la decisión de no ir era inquebrantable. Ella no iría á la India ni á España tampoco. Viviría siempre en Ginebra, lo más cerca posible del cementerio donde su madre estaba... La última noche escribiría una carta al príncipe, robaría el rubí, dejando todo lo demás, y escaparía... Sí, era lo mejor, lo más honrado, lo que aprobaría sin duda el alma de la muerta, que por algo no se atrevió á reiterar la petición de cariño hecha la primera noche en el andén.

Con el alma tensa vivió los últimos días, y, casi sin verlos, recorrió los últimos itinerarios por entre los *fiords* noruegos, donde el otoño mostraba crupezas invernales. El viaje de Bergen á Southampton marcó entre las dos la única desavenencia visible: riñeron por la preferencia de un niño rubio, hijo de una viajera escocesa; y el fútil incidente destruyó en Antonia las postreras tentativas del escrúpulo. En el vasto hotel del *raileais* tomaron, como en todos los otros, habitaciones inmediatas. Por la tarde, desde el muelle, vieron el buque, que cabeceaba entre otros de guerra sobre la ceniza densa del mar. La cena fué silenciosa. Al retirarse, Antonia sacó de su neceser el retrato materno, y mirándolo de tiempo en tiempo, para mejor po-

ner frases de dulzura que suavizaran las aceradas de la decisión, escribió al príncipe. Cuando terminó la carta era ya muy tarde. Se descalzó, apagó la luz y fué á pasos tácticos, que ahogaban las alfombras, á abrir, con larga y eléctrica cautela, la puerta del cuarto de Aimé. Desde el día anterior había engrasado los goznes de la puerta y los del armario. Certeramente, cual si los dedos vieran en la sombra, halló la caja y la abrió sin el menor ruido. Pero antes que los dedos buscaran en su fondo, tuvo la adivinación de que el rubí no estaba allí, y se quedó atónita, erguida en las tinieblas, vuelta la cabeza hacia el lecho de la otra. Ya no era posible retroceder. ¿Dormía ó saboreaba con los ojos cerrados la burla? Sin duda, estaba despierta; sin duda, ante su razón, se dejaría arrebatar la joya usurpada y la dejaría partir, dirimiendo en silencio la lucha sostenida en silencio tantos días.

Y fué hasta el lecho, se detuvo un instante, espionando la menor irregularidad en la respiración, tendió en brusco movimiento las manos, que volvieron á ver y cayeron directas sobre el sitio donde estaba prendido el rubí... Mas el drama no se resolvió en silencio. Antes de que pudiera decir: «¡Es mío, es el que llevaba mi madre cuando era mi madre nada más», el cuerpo quieto extendió una mano que desencadenó un resplandor y una detonación terribles.

Cuando acudió gente, Aimé, sin cubrir su carne, entre un llanto histérico, gemía: «¡Me desperté en una pesadilla, y creí que era un ladrón... ¡Creí que era un ladrón!» Su dolor era loco, indudable. Tuvieron que llevársela violentamente. El príncipe, al entrar, miró la gaveta de la mesa de noche abierta, fué al armario para comprobar que faltaba algo en la cajita de oro y, después, se arródió en

el suelo á besar el cuerpo sin vida, donde la sangre había convertido todos los ópalos del cuello en rubíes.

El buque partió sin ellos. La justicia, ayudada por la falta de antecedentes y la alcurnia de los actores del drama, lo juzgó accidente nefasto y absolvió como irresponsable á la autora, que estuvo al borde de la locura muchos días. Cuando el príncipe regresó de dejar durmiendo para siempre en Ginebra á la que había hecho el voto de velar junto á la madre recobrada casi en el dintel del sepulcro, una resignada paz parecía haber vuelto al espíritu de su hija. Embarcaron. La travesía fué larga, sin goces.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, el príncipe, creyéndose solo, siguió con la vista la estela que lo ligaba á Occidente, y, al llegar al confín, su mirar quedó extático, y por el rostro, de exterior impasible, rodaron dos lágrimas. Aimé, que estaba cerca de él, le cogió las manos.

—¡Vete, Vasatissena..., vete!—dijo él, en voz ronca.

—¡Lámame siquiera Aimé!—suplicó ella.

Hubo un silencio más trémulo aún que la trepidación del navío. Después la boca viril dijo, con sinceridad atormentada:

—¡Nunca más, Vasatissena, nunca más!... Aimé quiere decir amada, y yo no puedo amarte... ¿Crees que no sé?... ¡Tú la esperabas!... La gaveta donde preparaste el revólver estaba abierta desde la noche antes... Tú soñabas con ladrones—si es que soñabas—porque habías robado... ¡Yo sé!... ¡Yo sé...!

Y en un movimiento repentino hundió la diestra en el escote y arrancó de dentro de él la inmensa gota de cristalizada sangre, que arrojó al agua.

Luego desasióse de los brazos que pretendían enlazarlo, y los viajeros más próximos vieron á Aimé alejarse con la cabeza baja, rota. Fué la última vez que la vieron. Al otro día estaba en el fondo del mar, quién sabe si en busca del rubí.

FIN

LA SEMANA PROXIMA

La infancia del
apóstol «Salvadorito»

NOVELA

POR

ALBERTO CHIRALDO



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

NO. 100

BY

JOHN H. SCHUBERT

CHICAGO, ILLINOIS

1950

ÍNDICE

de las obras y de sus autores nacionales y extranjeros que ha publicado LA NOVELA SEMANAL durante el año 1924

- Núm. 130.— **Diego San José**, «El pájaro suelto».
- » 131.— **José M.^a Salaverría**, «Final de drama».
 - » 132.— **Juan José Lorente**, «Corazón aventurero».
 - » 133.— **Emilio Carrère**, «Jerónimo Expósitos».
 - » 134.— **Mannel Bueno**, «Historia breve de un breve amor».
 - » 135.— **José Francés**, «Piedra en torrente».
 - » 136.— **G. Díaz Caneja**, «Celos mal reprimidos».
 - » 137.— **Juan Ferragut**, «La piel maldita».
 - » 138.— **Máximo Gorki** (ruso), «La vieja Izerguil».
 - » 139.— **G. Martínez Sierra**, «Cada uno y su vida».
 - » 140.— **Mario Puccini** (italiano), «Herrumbre».
 - » 141.— **R. del Valle Inclán**, «La rosa de papel».
 - » 142.— **Francis de Miomandre** (francés), «El hijo pródigo y su padre».
 - » 143.— **Gabriel Miró**, «Señorita y Sor».
 - » 144.— **Rocha Martins** (portugués), «El glorioso abuelo».
 - » 145.— **Concha Espina**, «El secreto de un disfraz».
 - » 146.— **Gracia Deledda** (italiana), «El novio desaparecido».
 - » 147.— «**El Caballero Audaz**», «Los celos viven».
 - » 148.— **Max Dalreaux** (francés), «La extraña pasión».
 - » 149.— **A. Hernández Catá** (americano), «Girasol».

- Núm. 150.—**Norberto de Araujo** (portugués), «El loco de las estampas».
- » 151.—**R. Blanco Fombona** (americano), «Crispulo y su enamorada».
 - » 152.—**Francisco Acebal**, «Penumbra».
 - » 153.—**Charles Geniaux** (francés), «Mansión de eternidad».
 - » 154.—**Cristóbal de Castro**, «La gacela negra».
 - » 155.—**Sousa Costa** (portugués), «Cómo se hace un ladrón».
 - » 156.—**Francisco Camba**, «Mimi Magdalena».
 - » 157.—**Augusto D'Halmar** (americano), «Mi otro yo».
 - » 158.—**A. de Hoyos y Vinent**, «En hombros y por la puerta grandes».
 - » 159.—**Manuel Bueno**, «La ciudad del milagro».
 - » 160.—**Emilio Carrero**, «Rata de hotel».
 - » 161.—**Antonio Beltramelli** (italiano), «El alma de la casa».
 - » 162.—**José M.^o Salaverría**, «El amor en trasatlántico».
 - » 163.—**René Bizot** (francés), «Una vez en un hotel».
 - » 164.—**José Francés**, «Rostros en la sombra».
 - » 165.—**Hugo Wast** (americano), «Sangre en el umbral».
 - » 166.—**R. Cansinos-Assens**, «La prenda del amor».
 - » 167.—**Aquillino Ribeiro** (portugués), «El hombre que mató al diablo».
 - » 168.—**E. Ramírez Angel**, «Anda que te anda».
 - » 169.—**Charles Derennes y Aimé Graffigne** (franceses), «Un hombre de pocas palabras».
 - » 170.—**Antonio Zozaya**, «Los amores muertos».
 - » 171.—**Manuel Gálvez** (americano), «Pequeña sinfonía en blanco y negro».
 - » 172.—**R. López de Haro**, «Flores del Danings».
 - » 173.—**Luis Callari** (italiano), «Villa Lontana».
 - » 174.—**A. Hernández Catá** (americano), «Piedras preciosas».

Todas las novelas que publica **LA NOVELA SEMANAL** son rigurosamente inéditas y escritas expresamente para esta revista

Las traducciones son originales de notables escritores españoles, entre los que figuran R. Cansinos-Assens, E. Ramírez Angel, A. González Blanco, Germán Gómez de la Mata, José A. Luengo, Antolin Sapela, etcétera.

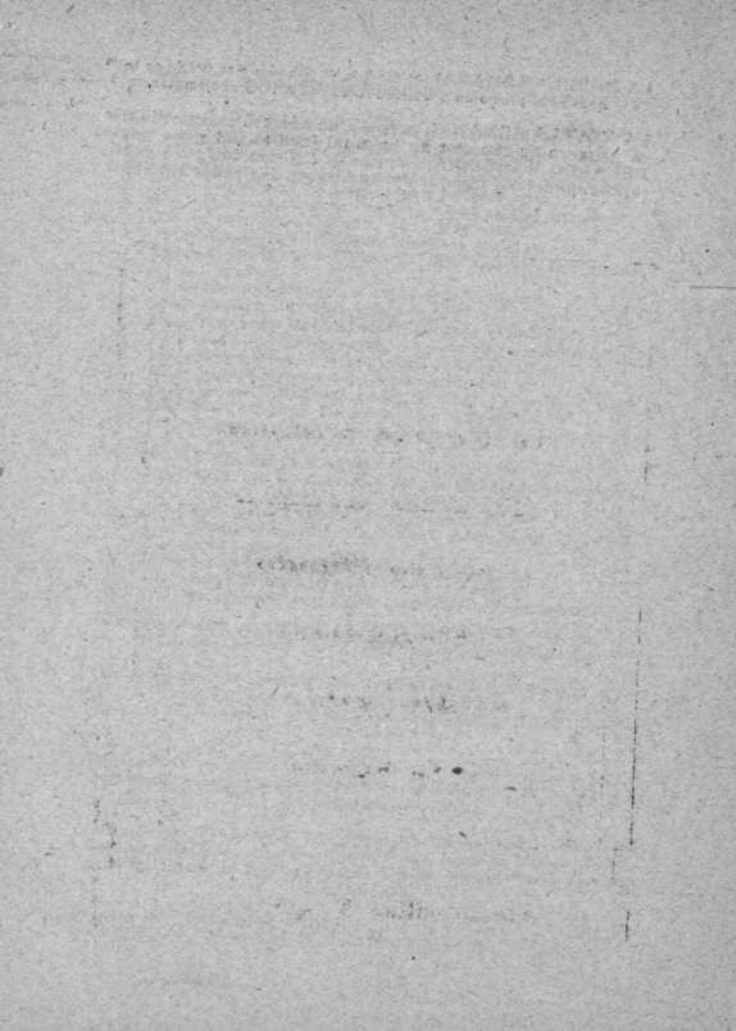
Cada novela va precedida de un completo estudio biográfico-crítico ó de opiniones de insignes escritores acerca del autor, que contribuyen á divulgar su personalidad.

Las cubiertas, á todo color, son originales de los ilustres dibujantes Bartolozzi, Manchón, Bujados, Echea, Ribas, Baldrich, Sancha, Benet, Igual Ruiz, Saez de Tejada, Escribá, Durias, Ramos, Martín Durbán, etcétera, etc.

En **LA NOVELA SEMANAL** se da cuenta de todo libro recién publicado y del cual se remitan á la Dirección dos ejemplares.

LA NOVELA SEMANAL se publica los sábados y se vende en toda España al precio de **TREINTA CENTIMOS** el ejemplar.

LA NOVELA SEMANAL prepara un número extraordinario de primero de año con un original inédito del gran poeta **EDUARDO MARQUINA**, cuentos de los más insignes escritores españoles y dibujos del admirable ilustrador **MANUEL BUJADOS**



Prensa Gráfica

SOCIEDAD ANÓNIMA

EDITORA

DE

La Novela Semanal

Mundo Gráfico

Nuevo Mundo

Elegancias

Aire Libre

La Esfera

57, Hermosilla, 57 - MADRID



LA NOVELA SEMANAL

advierte á los colaboradores espontáneos
QUE NO ADMITE MAS ORIGINALES
QUE LOS SOLICITADOS, y que en
ningún caso devolverá aquellos que reci-
ba sin haberlos pedido, ni mantendrá co-
rrespondencia acerca de ellos.

